



Año XXXV

Exclusivo para anuncios en FRANCIA, J. Y. Ferrer, rue Rennes, 71.

Madrid 10 Febrero 1885

En Madrid, en la Administración, Doctor Fourquet, 7.

Número 6.º



788

1 A 6. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. Vestido para niña de 4 años. 2. Vestido para niña de 8 años. 3. Vestido para niña de 10 años. 4. Vestido para niño de 5 años. 5. Vestido inglés para niño. 6. Traje para señora.

Ayuntamiento de Madrid

EXPLICACION
DE LOS
grabados.

1 á 6. TRAJES
DE SEÑORA Y
NIÑOS.

1. *Vestido para niña de 4 años.*—Está hecho en otomano verde con plaston de raso verde oscuro, orillado por botones, espalda plegada y falda postiza á grandes pliegues: echarpe de raso anudado por detrás.

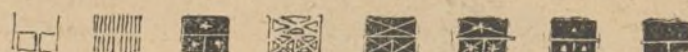
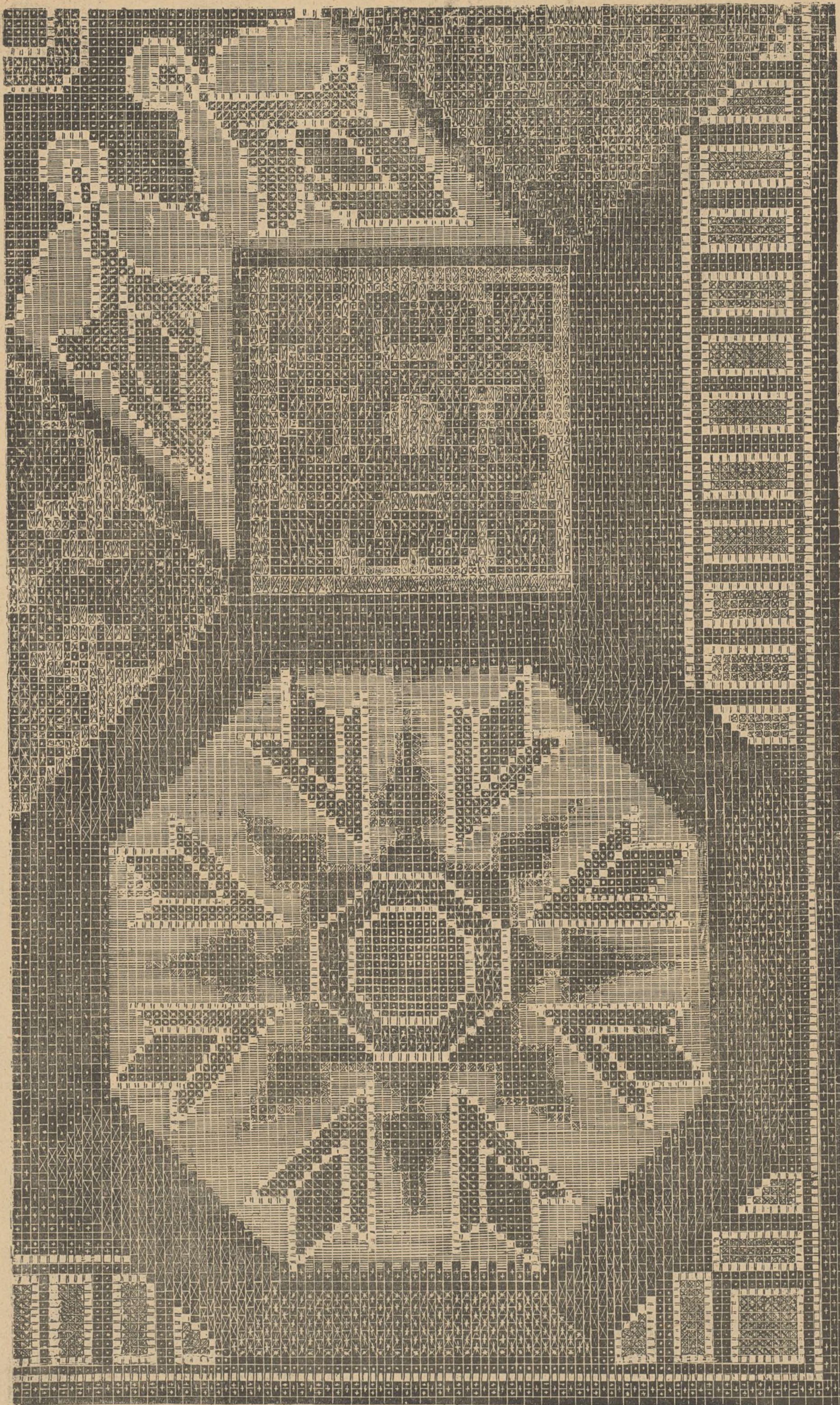
2. *Vestido para niña de 8 años.*—Se hará el vestido en terciopelo granate, á la inglesa, abierto sobre plaston de surah rosa pálido, con cuello vuelto de encaje blanco; falda de terciopelo plegada con encaje al borde, y drapería de surah colocada en ondas y anudada por detrás.

3. *Vestido para niña de 10 años.*—Falda de otomano gris pizarra, con paletot igual, entallado y abierto de abajo en el centro, con plegado de terciopelo granate como el cuello, vueltas y bolsillos.

4. *Vestido para niño de 5 años.*—Es de terciopelo cortado, de hechura de paletot ceñido, con cinturón de cuero; pequeño camail, y cuello alto con el borde á ondas, como todo el paletot, que descansa sobre un plegado de lana.

5. *Vestido inglés para niño.*—Es de cachemir azul pálido, escotado en cuadro, guarnecido de bordado, con cinturón otomano azul anudado por detrás, y cubriendo la union de la falda plegada.

6. *Traje para señora.*—Falda de terciopelo verde mirto, y túnica de lana de igual



Amarillo, verde, verde, marron, marron, madera, madera, negro.

7. Alfombra bordada de tapicería.

5008

color, muy recogida de las caderas y formando pouf por detrás. Cuerpo corto de cachemir, orillado de terciopelo en la cintura, plaston, cuello y vueltas de manga.

7. ALFOM-
BRA DE TAPI-
CERÍA.

Materiales: cañamazo, lanas en los colores que van indicados al pie, entendiéndose que los colores de un mismo nombre significan escala, empezando por el color más bajo.

Este dibujo representa la cuarta parte de la alfombra, y los puntos que muestra el dibujo prolongados, deben hacerse así, resultando de muy buen efecto entre los otros: son cuatro hilos de altura por dos de ancho.

8. TIRA DE
CROCHET
TUNECINO.

Puede servir para colcha ó edredon, ejecutándose con lana de dos colores, la del centro tiene 19 puntos de crochet tunecino, orillándose con otras dos tiras de 8 puntos cada una, adornadas de perlas ó bolas, que se obtienen ejecutando 4 puntos de cadeneta en el sitio donde se quiera colocar una bola: después de concluido el tejido se borda á la cruz con lanas de colores y se anuda el fleco.

9. BORDADO
Á LA INGLESA

Es á propósito para gorras de noche, chambras ó ropas de ni-



264-1

Robert & Laborde, imp. Paris - Reproduction interdite

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Calle Doctor Fourquet 7, Madrid

Ayuntamiento de Madrid

ños. Está bordada á cordoncillo y feston.

10 Á 14. VESTIDOS PARA NIÑAS.

10. *Vestido de estameña.*—Es de color azul marino, de plaston plegado, orillado de tiras de terciopelo y cinturón igual, con hebilla que cubre la unión de la falda plegada: gorrito de terciopelo marino.

11. *Vestido de otomano y cachemir.*—Falda plegada de cachemir verde y chaqueta en otomano, abierta sobre plaston brochado, y con cuello vuelto y bolsillos de terciopelo. Sombrero de fieltro adornado de terciopelo.

12. *Vestido de paño.*—Es color marrón con aplicaciones de terciopelo de igual color, en lengüetas que caen sobre la falda plegada, guarneciendo las mismas aplicaciones; la chaqueta ondeada y abierta sobre chaleco plegado de surah.

13. *Vestido liso y brochado.*—Es de color gris, la falda formada por dos plegados, el cachemir liso, y el chaleco de surah más oscuro; bata de cachemir brochado, con cuello, vueltas y bolsillos de terciopelo gris, como el sombrero.

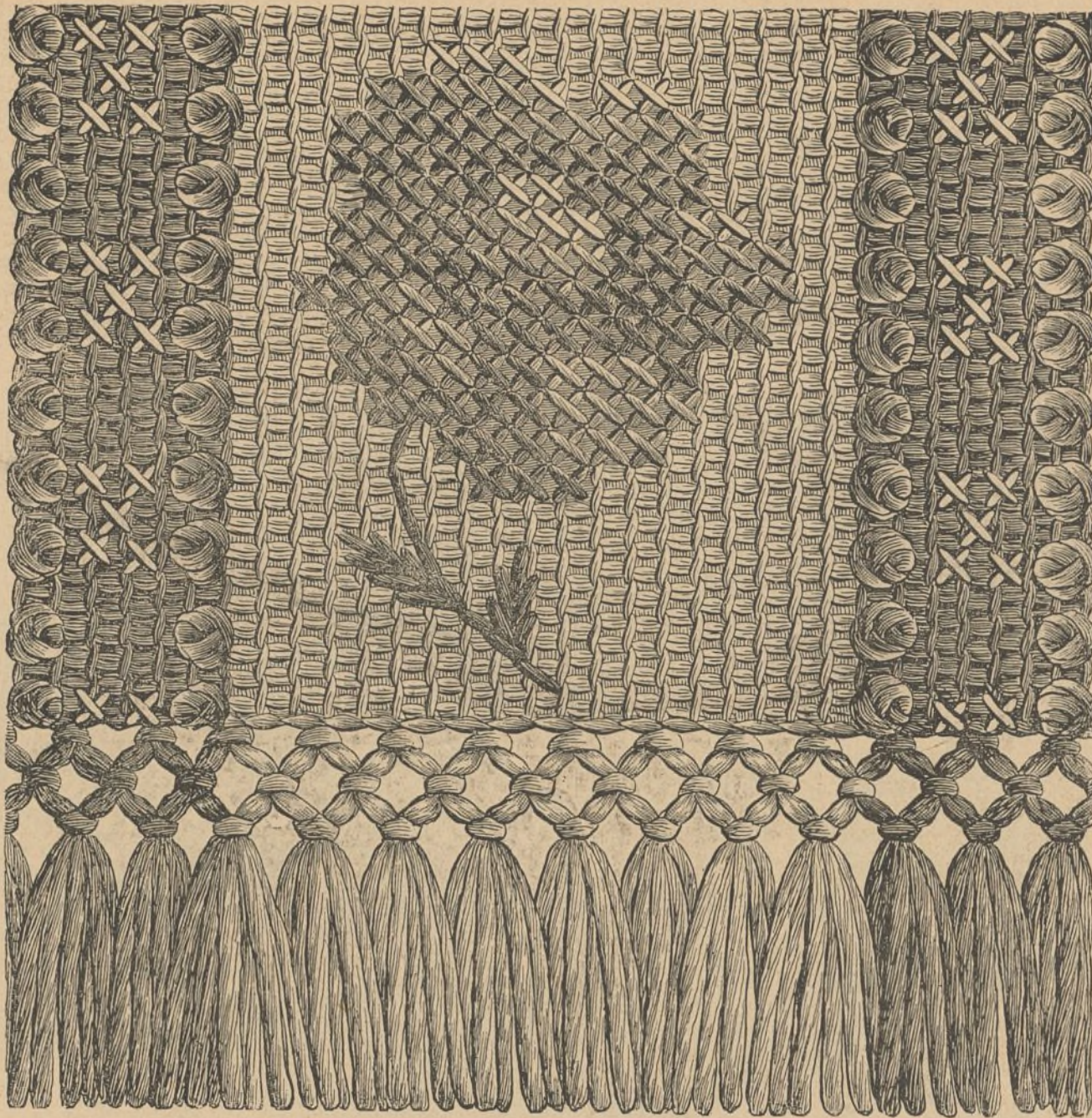
14. *Vestido de seda y terciopelo.*—Falda formada por volantes de seda rayada y plegada, y chaqueta de terciopelo, con plaston de seda y plegados de la misma en el cuello y mangas: echarpe de seda rayada.

15 Á 20. TRAJES DE CALLE Y DE CASA.

15. *Vestido de paño.*—Es de color verde ruso, la falda plegada y el cuerpo corto de un lado y prolongado del otro, y por detrás en polonesa guarnecida de astrakan.

16. *Vestido de cachemir color canela.*—La falda lleva un biés de tela brochada á motas de terciopelo núa, y la túnica, que forma punta de pañuelo por delante, repite el mismo adorno. Cuerpo abierto sobre plaston de surah, orillado de bieses brochados, que cruzan en peto abierto.

17. *Vestido de terciopelo liso y brochado.*—Es de color núa, la falda lisa y la túnica brochada, abierta en largos paniers, y caída á pliegues por detrás. Cuerpo brochado, con chaleco,



8. Tira de crochet tunecino



9. Bordado á la inglesa.

cuello y vueltas de terciopelo liso.

18. *Vestido de estameña y terciopelo.*—Falda de terciopelo, brochada, y túnica de estameña, montada á pliegues en el talle, y recogida de las caderas, para dejar ver un forro figurado de tela otomana. Cuerpo de peto abierto sobre chaleco brochado; y sombrero redondo, de fieltro, con bullon de terciopelo al rededor, escarapela de seda y grupo de plumas.

19. *Vestido con galones.*—Es de lana gruesa, azul, adornada la túnica con galones verticales hasta la mitad, y abierta á la izquierda sobre otra falda adornada de galones horizontales. Cuerpo de aldeta larga, adornada de galones y piel, que se repite al borde de la túnica y de las mangas. Sombrero de fieltro con grupo de plumas.

20. *Vestido de cachemir y terciopelo.*—Falda brochada de terciopelo marrón, y túnica de cachemir con doblez al borde y recogida de los lados. Cuerpo de aldeta con pespuntos alrededor, y postillon plegado: cuello chal y vueltas de manga de terciopelo brochado.

JOAQUINA BALMASEDA.

LA MUSA DE PETRARCA

El padre de Laura, Audibert de Novés, uno de los síndicos ó regidores (échevins) de la ciudad de Aviñón, habitaba una casa, que á principios del siglo xvi aún existía, cerca del convento de los franciscanos (Cordeliers), á la entrada del arrabal del mismo nombre, que más tarde fué encerrado dentro de los muros de la ciudad misma. Allí ó en la aldea de Novés, distante dos leguas de Aviñón, nació Laura en 1307 ó 1308.

Cuando la conoció Petrarca era ya esposa de Hugo de Sade, descendiente de una antigua familia de la Provenza, y cuyos abuelos venían de siglos atrás ejerciendo en la ciudad las más importantes entre las magistraturas municipales. Hugo sólo tenía dos ó tres años de edad más que Laura; y si él era inmensamente rico, el caudal de ella era también considerable; por manera que todo, inclusa la categoría elevada de en trambos en la sociedad aviñonense, todo parecía pre-



10. Vestido de estameña.

11. Vestido de otomano y cachemir.

10 Á 14. VESTIDOS PARA NIÑAS.

12. Vestido de paño.

13. Vestido liso y brochado.

14. Vestido de seda y terciopelo.

parado para la dicha de aquel matrimonio. Sin embargo, ni el uno ni el otro fueron dichosos. Laura al parecer llevó libre el corazón á poder de su esposo, cuyo carácter escéntrico no era á propósito para conquistárselo. Ora fuese por natural aspereza, ora por celosa excitación, si no por efecto de la situación embarazosa y desairado papel que el declarado amor de Petrarca le imponía, el hecho es que Hugo ni supo apreciar á su mujer, ni la amó nunca, puesto que á los siete meses de viudo, y sin esperar siquiera el fin del luto, volvió á casarse.

En las obras de Petrarca es donde hay que buscar el retrato de la mujer célebre que nos ocupa.

Era, pues, según el poeta, de elevada estatura y de seductor majestuoso continente; blanco como el alabastro su cutis trasparente, teñíase de carmin

(en lo blanco y en lo negro); y ese pasaje pretenden unos que se refiere á la *negra pupila* del ojo, destacándose sobre su blanco globo; mientras otros sostienen que alude á unos ojos *azules* guarnecidos de negras cejas y negras pestañas.

Intelectualmente no debió Laura de ser inferior á ninguna otra mujer de su tiempo, pues por una parte Petrarca llama á su pecho, *torre d'alto intelletto* (alcázar de alto ingenio); y por otra, su vida entera da testimonio de un gran sentido moral.

Cuando la vió por vez primera creyó Petrarca leer en sus ojos cierta expresión compasiva, muestra inequívoca de que había echado de ver la amorosa turbación del joven; mas triunfando presto el sentimiento del deber de aquel simpático pasajero impulso, cuanto crecía el amor en él, tanto y más en

visto, ó íbase á llorar á la iglesia del convento de Santa Clara. Al cabo aquel amor, que desahogarse en palabras no podía, estalló, por decirlo así, en los sonetos que á su autor, y á la que les dió asunto, han immortalizado. Si á Laura pudo lisonjear la pasión que tan violentamente se exhalaba, su modestia debió también padecer no poco con aquella publicidad: mas segura de sí misma y en su virtud fiada, no la hicieron los sonetos variar de conducta con el poeta, ni en bien ni en mal para éste.

Sabemos que la honesta dama evitaba con esmero toda ocasión de oír una declaración que escuchar no quería; y sin embargo, si la primera *balada* de Petrarca no es una ficción, habremos de confesar que no fueron de provecho en esa parte sus buenas intenciones. En efecto, según el poeta, declaróse re-

rompida de las córtes, y ese contraste, elevándola en la estimación de su amante, aumentábase su pasión.

El tiempo, el consolador por excelencia, lejos de amortiguar la pasión de Petrarca, pareció, por el contrario, vigorizarla.

Léanse sus sonetos atentamente, despojados de la exageración poética, prescindidos de su culteranismo y alambicamiento de mal gusto, pecados más bien de la época que del poeta, y se hallará en ellos trazada la marcha constante y ordinaria de las pasiones. Nuestro enamorado fúega, se lamenta, llora, prorrumpe en quejas y reconvenciones, de que luego se arrepiente y solicita el perdón, hasta que ya desesperado de tantos y tan inútiles esfuerzos, vuélvese á sus amigos, como diciéndoles: «Conso-

»que grande por el orgullo sofocada. *Amor con amor se paga*, es antiguo proverbio. Aprendan otros en «cabeza ajena, etc., etc.»—Todas esas máximas, como se ve, tienen declarado sabor de rebelión, y á un de pasajera satisfacción de los sentidos: mas Petrarca tenía el yugo clavado en la frente, y surebeldia como su libertad no podían durar, por tanto, más que lo que en escribir su canción tardase. ¡Con qué placer vuelve á someterse á la coyunda! ¡Cómo bendice el día, el mes y el año en que le fué dado conocer á Laura, que es «quien al bien le encamina, y quien entre la multitud le ha hecho distinguirse.»

Y después vuelve á sus lamentos y á sus quejas, y tórname á Dios rogándole que de tantas miserias le saque.

Marchitábase en vano la belleza de Laura; y en

avía entonces no se había hecho la apoteosis de la *Mujer de treinta años*, y Laura en el apogeo de su gloria, contaba de treinta y cinco á treinta y seis nada menos. Los extranjeros, pues, á la corte de Aviñon atraídos por los versos del Petrarca, no podían contemplar sin sorpresa á la que según el lenguaje de aquel tiempo, se llamaba la *señora de sus pensamientos*, y á un hubo uno, gran personaje cuyo nombre calla la historia, que al verla exclamó groyero: «¿Y es esa la famosa *hermosura* que á Petrarca le trastorna el seso?»

Felizmente para Laura, ya de antemano un regio y público homenaje la tenía vengada de aquel insulto. Carlos de Luxemburgo, que luego fué el emperador Carlos IV, hallándose en un baile á que Laura asistía, buscóla entre la concurrencia, apartó



15. Vestido de paño.

16. Vestido de cachemir.

15 á 20. Traje de calle y de casa.

17. Traje de terciopelo brochado.

18. Vestido de estameña y terciopelo.

19. Vestido con galones.

20. Vestido de cachemir y terciopelo.

cada vez que su corazón latía apresurado, y sus dorados cabellos, con arte aderezados, aunque al parecer por negligencia sueltos, ondulábanse en torno de la garganta, donde el viento (dice el Petrarca) *á su placer los ataba y desataba*. Encarécenos el poeta la belleza de los brazos, y sobre todo de las manos de su dama, manos que ni los nudos de los huesos, ni el rastro de una sola vena, revelaban; y completa la descripción de tan acabada hermosura con hablarnos del metal de voz encantador, de la irresistible sonrisa, de la mirada tan cristalina y serena, cuando tierna, como cuando airada y fulminante, y de aquel conjunto, en fin, inexplicable de la gracia que atrae, y de la dignidad tranquila que contiene. Si eran sus ojos negros ó azules, es lo que todavía no ha podido averiguarse, porque Petrarca nos habla de miradas que le flechaban *nel bel bianco e nel nero*

ella la severidad. Veinte años duró sin tregua en el llagado corazón del poeta la lucha entre el amor y el respeto, entre el deseo de agradar y el temor de ofender, entre la necesidad de hablar y la obligación del silencio.

Los jardines de la casa de Laura, que desde su casamiento habitaba en Aviñon, yacían al pie de la roca sobre cuya cima edificaron los Papas su palacio. Desde aquella eminencia, que le facilitaba escapar la vista en el retiro de su amada, seguía el Petrarca, como perpétua atalaya, sus solitarios paseos durante los largos días del verano, ó contemplábala en éxtasis sobre la piedra en que á sentarse acostumbraba *consigo misma conversando*. No siempre, empero, érale dado ni aquel inocente goce; mas cuando de él le privaba la suerte, recorría nuestro enamorado los lugares en que á su amada había

suelto, y altivamente desdeñado de palabra, *escribió*, enojando por ello á Laura, cuyo perdón no alcanzó sino después de largo y probado arrepentimiento. Verdad es también, según el mismo confiesa, que no fué aquella su única desgracia, ni su sola falta de resignación con los desdenes.

Como quiera que sea, la posición social de su marido llamaba á Laura á la corte pontifical, donde Petrarca, ya conocido, tenía también libre acceso; y como su ambición de amante era modesta, poca cosa bastaba para hacerle momentáneamente dichoso. Un benévolo saludo, una sonrisa, una mirada, una respuesta cortés aunque de fórmula, al más rendido cumplimiento, eran contados por él como favores; y entre los más, el que rara vez se le otorgaba, de oír la voz de su ídolo.

Brillaba Laura radiante de pureza en la más co-

lame! Aliviado así momentáneamente su corazón, torna presto á la que adora, para ensayar en ella el poder de los celos, llegando tal vez á las amenazas: «Si mi corazón, exclama, se rinde á otra, culpa será de entrambos; pero vuestra más que mía.»

Una vez, pero una sola, se nos muestra triunfante y de su pasión vencedor: en su *canción* undécima, (1) de propósito hecha por el autor en su conjunto ininteligible, hay, sin embargo, pormenores que no dejan duda alguna de lo que hemos indicado. La ironía, en efecto, rebosa en sus labios: «Laura es ceñida y altanera; cuando para agradecerle al poeta, le basta á una mujer amante con ser digna y reservada. Pena la causa contemplar la virtud, aun-

(1) *Mai non vo'io cantar*. (Edición de Biagioli.—Paris, 1821.)

vano era que sus ojos perdiesen el brillo, y su esbeltez el talle, por una extraordinaria fecundidad desfigurado; en vano también que plateadas hebras matizaran el áureo cabello.... Petrarca la veía siempre tal como la contempló por vez primera en el templo de Santa Clara.

Si sus amigos intentaban rasgar el velo que así le ocultaba los estragos del tiempo, respondiales él generosamente: «¿Cúrase la herida de la flecha, porque el arco no esté ya tendido?»

A juzgar por el primer soneto, (1) sin embargo, su tan constante como mal pagado amor, hizo incurrir á nuestro poeta en cierto género de *ridículo*, como hoy decimos, á los ojos de sus contemporáneos. To-

(1) *Voi ch'ascoltate*, etc.

de ella con sus propias manos las personas que la rodeaban, y la besó en la frente y en los ojos. Aquel acto de cortesía, un *poco extraño* (dice Petrarca), inspiróle á éste un soneto, y también amargos celos, sentimiento natural en un amante en tales circunstancias. Mas para los que no lo somos, lo que hay en el suceso referido es una prueba, entre muchas, de que al parecer todo el mundo se interesaba entonces en aquellos amores, procurando favorecerlos, hasta los soberanos mismos. El anciano Roberto, rey de Nápoles, por ejemplo, *regalando* una rosa á Laura, creyó oportuno darle otra al mismo tiempo á Petrarca. Admiramos, y nunca será bastante, la exquisita sensatez y candida rectitud de corazón de aquella mujer, que acertaron á preservarla hasta de la acción deletérea de la lisonja, que es el más seguro de todos los venenos.

Hasta el momento, ni el estudio había hecho más que arraigar el amor en el corazón de Petrarca, ni los viajes habían conseguido distraerle de él siquiera: un acontecimiento, el más importante de su vida, vino a dar treguas a su penar.

Quizá no se acordaba Petrarca, como lo pretenden Ginguéné y con él otros muchos, de los *Juegos Capitolinos*, sino del *combate* del mismo nombre. Aquellos, los *Juegos*, instituyéronse en memoria del Capitolio salvado de los Galos, mientras que el *combate*, institución mucho más moderna, fué debida a Domiciano, y era simplemente un *Certámen* entre poetas.

Inflamada, nos dice Ginguéné, la imaginación del Petrarca, por la creencia en que estaba de que, según la tradición, Virgilio y Horacio habían en aquel combate sido laureados, aspiró ambicioso a ceñirse la misma corona. Por complacerle hicieron sus amigos renovar la antigua costumbre: Roma y París ofrecieron a un tiempo el laurel a nuestro poeta, y Roma obtuvo su preferencia después de algún tiempo de vacilación.

Salió, pues, de Aviñón para Roma por la vía de Nápoles, en cuya capital su rey Roberto, príncipe docto y amante de las letras, no sólo le acogió espléndidamente, sino que habiéndole hecho leer su poema del Africa, quedó de él tan pagado, que en un rato de entusiasmo quiso por su propia mano coronarle. Alegando el compromiso con Roma contraído, excusóse Petrarca de aquella prematura honra, mas rogó al Monarca que le hiciese *examinar públicamente*, para que se viese si era o no digno del triunfo que le esperaba. Tres días duró el examen, acreciendo sus resultados la gloria de nuestro poeta: mas aún así, no será lícito deplorar que, por un exceso de vanidad, creyera necesario probar de nuevo con palabras lo que tan probado tenía ya con sus escritos.

Diez días después de su llegada a Roma fué al cabo coronado; mas hubo entonces de convencerse de que así como la pasión saciada no aquietaba el corazón, tampoco la ambición satisfecha da paz al espíritu. Así se infiere claramente de su propia confesión en estas líneas:

«La corona no me ha hecho ni más sabio ni más elocuente; para lo que ha servido, es para desencadenar contra mí a la envidia, y para privarme del sosiego de que antes gozaba. Desde que fui coronado, vivo en continua alarma; hánseme hecho enemigos hasta mis propios amigos, y sufro, en fin, la pena de mi presunción y de mi audacia.»

Un sólo corazón, acaso, se regocijó sinceramente del triunfo del Petrarca: el de Laura, porque imposible nos parece que tanta ternura y tal constancia, que la abnegación y delicada reserva del poeta, ya que no amor, al menos no inspirasen amistad. La verdad es que Petrarca, ansioso de aparecer en el esplendor de su gloria, más ante Laura que ante nadie, emprendió así que pudo la jornada a Aviñón, atravesando la Lombardia. Mas en Parma se detuvo a visitar a su amigo *Azzo Corregio*, quien a pretexto de dar la libertad a aquella ciudad, acababa de someterla a su propio yugo. Azzo, quizá con la esperanza de ganarse quien, cantándole, le immortalizara, no hubo seducción a que, para fijar en Parma a nuestro poeta, no acudiese. Al hombre imbuido en las tradiciones de la antigua Roma, pintábale las mejoras que en la ciudad trataba de realizar, las reformas administrativas que proyectaba, los tributos que iba a suprimir, y la *libertad* que restablecería... cuando las circunstancias lo consintieran. Al poeta mostrábale en perspectiva el lujo, la vida fácil, las lujosas seguras; y al amigo, en fin, ofrecíale una completa independencia.

No pudo resistirse Petrarca a la amistad de Azzo: mas, amante siempre de la soledad, si consintió en establecerse en Parma, fué a condición de vivir retirado, comprando al efecto una modesta casa con su jardín, regado por un arroyuelo. Allí dió la postrera mano a su poema del *Africa*.

Pero en su nuevo asilo, como en todas partes, el recuerdo de Laura le inquietaba. Tal fué el destino de aquel hombre, constantemente solicitado por dos amores: el de Laura, y el de su patria, entre los cuales osciló constantemente, sin acertar a fijarse en ninguno.

Un suceso político, que tal vez realizó las secretas aspiraciones de su corazón, vino a llevarle de nuevo a Aviñón. Acababa Clemente VI de ser elegido a la dignidad pontifical, y enviábanle los romanos una diputación para pedirle, entre otras gracias, que restableciese en la ciudad eterna la cátedra de San Pedro.

Petrarca, ciudadano romano en virtud de la coronación en el Capitolio, fué uno de los diputados de Roma. ¡Iba, pues, otra vez a ver a Laura!—Abandonando en efecto, con dolor, nos dice él mismo, sus caros estudios, marchó adonde el cautiverio le esperaba, para imponerle de nuevo la antigua cadena, no menos indestructible, pero más leve y flexible entonces que en otros tiempos. La aureola de gloria que a él le rodeaba, por una parte, y por otra la edad que a Laura había envejecido y fortificado con la salvaguardia de una numerosa prole, y la confianza que inspiran una conciencia pura y una virtud probada, prepararon de consuno al poeta mejor acogida que de costumbre. Ya Laura no evitaba su presencia; antes en verle parecía complacerse, como gozar en sus triunfos: mas no por eso hubo entre ellos intimidad alguna. ¿Qué significaban, qué va-

lian esos públicos favores para el hombre que había dicho: «Si tengo la desgracia de veros envejecer, «tendré también la osadía de revelaros mis incesantes tormentos: y ya que sea pasado el tiempo de tempranos amores, espero al menos algunos tardíos suspiros.»

Tenía Petrarca el espíritu flexible y apasionado, y por tanto ligero: a los que en el estudio moral del hombre se ocupan, toca averiguar si la constancia de corazón de que dió irrecusables pruebas, era o no un contrapeso indispensable a la movilidad del espíritu.

Poco tardaron las circunstancias en dar nuevo pábulo a la actividad que le devoraba, con la muerte de Roberto de Nápoles, que dejó en pos de sí dos nietas, de las cuales la mayor, Juana, adquirió después tristísima celebridad con sus crímenes y sus desdichas.

A la edad de nueve años, Juana fué desposada con Andrés, príncipe de Hungría que contaba seis apénas; dicho se está cómo se entenderían aquellos esposos, que a la muerte de Roberto llevaban ya dos lustros casados. Como soberano feudal del reino de Nápoles, reclamó el Papa la tutela de Juana, y para representarle y sostener sus derechos eligió a Petrarca: mas como no entra en nuestro propósito referir de su vida más de aquellos sucesos que directamente se enlazan con la de Laura, contentáremosnos con decir que, acabada su misión, regresó rebotando de júbilo a la ciudad que aquella habitaba. Por su parte, Laura recibió con tales muestras de alegría, que el enamorado hubo de concebir atrevidas esperanzas, y aún presumimos que de tratar de aprovecharse de aquel favor de la fortuna, pues que nuevos rigores vinieron a desengañarle dolorosamente.

Apoderándose entonces de su alma la negra misantropía, resolvió decir adiós para siempre a aquella ciudad bendita y maldita a un tiempo, que ni habitar ni abandonar podía sin que el corazón se le desgarrase. Cuando se despidió de Laura, «viola—dice Ginguéné, que de las obras del mismo Petrarca extraña esos pormenores—viola en cierta sociedad de señoras a que habitualmente concurría, sin tocado ni adorno alguno, seria y pensativa, más triste que cuando por vez primera se separaron. Petrarca, apenado los ojos de lágrimas, retiróse hondamente conmovido, sin proferir palabra, y procurando en vano ocultar el llanto. Laura le siguió con una mirada tan penetrante, tan tierna, que para siempre quedó grabada en su corazón y en su memoria. Un triste presentimiento advertía a entrambos de que no volverían más a verse, y no les engañaba el corazón: ¡su presentimiento era más que fundado!»

Describenos Petrarca vivamente la inquietud que le atormentaba durante los viajes que hizo a diferentes ciudades de Italia antes de fijarse en Verona: pronto justificaron los sucesos aquel sentimiento.

Una horrible plaga, procedente, según la común creencia, de la China, y elocuentemente descrita por Boccaccio, asoló durante dos años la Europa, después de haber diezmado el Asia. Sus estragos comenzaron a hacerse sentir en el condado de Aviñón, en Enero de 1348, y desde que tal supo Petrarca, redoblaron en su corazón las angustias del funebre presentimiento, y ensueños siniestros le hicieron imposible el reposo.... Sin embargo, aun le alentaba la esperanza el 1.º de Mayo cuando supo que Laura había espirado el 6 de Abril a las seis de la mañana.... El mismo día del año y a la hora misma en que por vez primera la había visto en la iglesia de Santa Clara.

Si aquella mujer amaba en efecto; si el deber solo sometió en su pecho la pasión ardiente; si a Dios hizo el inmenso sacrificio de gozarse veinte años en su propio martirio, recibió en la muerte la sola recompensa a su virtud proporcionada, yendo a incorporarse en la tribu de los *Elegidos*, en la cual ya en la tierra la contaba el gran poeta llamándola «*Vera amica di Cristo et d'onestade*» (sincera amante de Cristo y de la honradez).

Fué, pues, el amor del Petrarca real, ardiente, profundo y muy humano, queremos decir, nada platónico. Si en los límites del espiritualismo se mantuvo, atribuyámoslo a la castidad de Laura, a las santas preocupaciones de la maternidad, pues no tuvo menos de once hijos, y también, por más que nos pese escribirlo, a la costumbre que en aquella época no consentía las visitas particulares. Mas no por esta última circunstancia nos parece menor el mérito de Laura: la costumbre que ella respetó, otras mujeres en su tiempo la salvaron, y siempre le queda la recomendación, no pequeña, de haber huido del peligro para no perecer en él.

Falsa, a pesar de todo lo dicho, sería la idea que de ella se formara si, tomando al pie de la letra las quejas del Petrarca, se creyese que fué su virtud de las nimiamente severas que hasta a la más inocente galantería son inaccesibles. La sociedad en que Laura vivía era demasiado libre para que maneras tan rígidas no hubiesen puesto en ridículo a la mujer que las afectara. Laura, pues, aunque gustaba poco de tratar de amores, hacíalo cuando a ello se veía obligada, ya por la fogosidad de su enamorado, ya por maliciosas alusiones de las personas que le rodeaban, defendiéndose con el desembarazo propio de una mujer del mundo; y en prueba de ello citaremos el hecho de haber en cierta ocasión reconvenido a su pretendiente acusándole de que lo hacía servir de pantalla para ocultar otros amores.

¿Amó al Petrarca?—Conociólo joven, bello, seductor; por ella se cubrió de gloria, y en ella supo fijar las miradas de toda la Europa literaria; y sin embargo, Laura resistió victoriosamente. Que las mujeres decidan ahora la cuestión.

Amar a un gran poeta, apasionado, elocuente, triunfador, ébrio de orgullo y de gloria ambicioso, asociarse a su azarosa existencia, por el amor, la actividad y la sed del saber alternativamente agitada; partir con él las penas, gozar de sus triunfos, alentarle o consolarle o moderarle a veces, y tener quizá que perdonarle con frecuencia: todo eso parece bello, y es seductor.... Pero en realidad, y Dios sea loado, Laura anduvo cuerda y bien inspirada conduciéndose como lo hizo.

La inspiradora de Petrarca, la musa de todos sus bellos sonetos, fué una mujer honrada.

E. D'ARAQUY.

CANTARES.

Quando te casaste tú
Oí tocar las campanas;
Era el toque de agonía
De todas mis esperanzas.

En el fondo de la mar
Quiso Dios criar las perlas,
Y entre verbas escondidas
Perfumadas violetas.

Al mundo vine llorando
Y nunca me consolé,
Porque no tiene remedio
La desgracia de nacer.

Tienes los ojos, niña,
Grandes y negros,
¿Qué extraño que los hombres
Te tengan miedo?

No creas, que porque dije
Que ya nunca te querría,
Puedo olvidar del pasado
Los pesares y alegrías.

El clavel encarnado
De tu ventana
Tiene envidia a tus labios
Por su fragancia,
Y místico y seco
Se queda el pobrecito;
Muere de celos.

En el patio de la cárcel
Se oye sólo suspirar....
¡Ay! ¡qué alegre es la inocencia!
¡Qué hermosa la libertad!

Mi amor, porque era inmenso,
El tiempo no apagó,
El suyo.... tal vez nunca
Vivió en su corazón.

¿Que son tristes mis cantares?...
¿Que son tristes?... nada importa,
Dejad llorar al que sufre
Y sonreír al que goza.

Son tus labios corales,
Tus dientes perlas,
Que es tu boca una joya
Nadie lo niega.

Los hombres son mariposas,
La coqueta es una luz,
Su falso amor los atrae,
Los mata su ingratitud.

El día que me casé
Lloró mi madre de pena;
Porque dejó de ser madre
Para convertirse en suegra.

Quando un niño se muere
Su madre llora,
Mientras él se sonríe
Desde la gloria.

Si algún día te he querido
Fué porque creí en tu amor;
Hoy que sé que era mentira
Tampoco te quiero yo.

Como la amapola,
Tu boca de grana
Es un lindo cáliz
Que veneno guarda.

Hijo soy de la inclusa
Y me desprecian,
Agueno fué el delito,
Mía la pena.

Cuando pienses en casarte
Escoge mujer que tenga,
Además de buena fama,
Honradas madre y abuela.

FILOMENA DATO.

LA SALUD Y LA FORTUNA.

Disminuye las pasiones
Que te fascinan y abruman,
Y aumentarás, sin esfuerzos,
LA SALUD Y LA FORTUNA.

R. HUERTA POSADA.

EL FAVORITO DE CARLOS III

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

DOÑA ANGELA GRASSI

(Continuación).

La pobre niña no halló voz ni fuerza para responderle. Eran tan extraños, tan imprevistos los acontecimientos que se habían sucedido en tan corto espacio de tiempo, que su razón se extraviaba en un cúmulo de penosas ideas.

—¡Cecilia! repitió Alfredo, compasión.

—¡Ay! exclamó la pobre niña, ¿qué queréis que os responda? Creo que los sentimientos de mi alma me pertenecen, y que puedo decirlos: os amaré mientras viva; pero respetaré la voluntad de mi familia y jamás seré vuestra esposa.

Alfredo lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Pero, añadió tímidamente Cecilia, Dios es Dios y todo lo puede.

En aquel momento la condesa dió un suspiro, abrió los ojos, y con los delirantes besos que prodigó a su hija, puso fin a este triste diálogo.

Mientras madre é hija se entregaban á su delirante alegría y á sus apasionadas caricias, Alfredo se dirigió á Enrique, que estaba inmóvil con los brazos cruzados en medio de la sala, y le dijo:

—¿Cuál es la valla que nos separa? ¿es tal vez nuestro ilustre origen! habladme sin rebozos, descubridme, sea cual fuere, ese misterio que me asesina, y mi agradecimiento será eterno.

—Alfredo Saldívar, gritó Enrique con voz lúgubre, no quiero tu agradecimiento; porque nada de común puede jamás existir entre nosotros.

—¡Ah! exclamó Alfredo con efusión, ¡sois vos, sí, sois vos! os acabo de reconocer en la arrogancia de vuestra respuesta, en vuestra sombría mirada, en vuestro melancólico tono, ¡vos sois mi salvador!

—Aquel de quien nos hablaste ayer, dijo Cecilia.

—¡El es, sí, él es! ¿por qué cerrais los brazos á quien devolvisteis la vida? ¿Pero yo no puedo dejaros morir, no puedo! Culpable ó inocente, debo á mi vez salvarle.

—¡Sí, sí! exclamó la condesa transportada de júbilo! sí!

—¿Y ella? preguntó Enrique, señalando á Cecilia.

Alfredo permaneció un instante cabizbajo y pensativo.

—¿Sé yo acaso, dijo por fin, si sois verdaderamente hermanos? ¿Tengo, por ventura, la certeza de que mi padre no ha sido víctima de vuestro encono? Nada sé, nada comprendo mi razón; solo sé que os debo la vida, solo sé que la amo, y voy á seguir los impulsos de mi alma. Mi padre está en el cielo; mi padre me perdonará. Dios hará justicia á todos.

—Tomad mi capa, Enrique, y embozaos bien en ella; cubrios con el manto de vuestra madre, Cecilia, y salid juntos. Nosotros nos quedamos en vuestro lugar: el conserje está ganado: suceda luego lo que quiera.

—¡Alfredo! ¡Mi noble y generoso Alfredo! exclamó Cecilia con efusión.

—Acepta, hijo mío: Enrique, acepta, exclamó la condesa suplicante, dirigiéndose á su hijo.

—Alfredo Saldívar, dijo tristemente Enrique, acepto; pero no me reconozco tu deudor, porque hemos trocado sacrificio por sacrificio. Sé que no puedes comprenderme; pero yo y tu padre nos entendemos, y esto basta.

—¡Ah! exclamó Alfredo apasionadamente; ignoro lo que queréis decir; pero vos ¡no tenéis celos!

Cecilia clavó en él una mirada tan ardiente, que el joven sintió dulcificarse su amargura.

—Tomad mis armas, añadió Alfredo; tomad el dinero que llevo encima y esta cadena de oro, que podeis vender en cualquier parte.

—¡Ah, cómo no amarle, Dios mío! exclamó Cecilia con entusiasmo.

En aquel momento resonaron pasos en el corredor, y una mujer entró en la estancia. Era Julia.

¡El conserje había cumplido su propósito! Se había escapado con el dinero de ambos jóvenes; Julia había encontrado franca la entrada de su casa, y después de haber dado muchas vueltas, había hallado al fin el corredor que conducía á la cárcel.

Alfredo corrió hacia ella, temeroso de ver descubierto su generoso intento.

—¡Tú! exclamó reconviéndola; ¡tú aquí!

Julia quedó aterrada con la imprevista presencia de su hermano.

—Vienes á salvar á Cecilia, repuso Alfredo.

—¡Oh, no! ¡a ella no! exclamó Julia fijando en la joven una celosa mirada; á ella nunca!

—¡Infeliz! dijo Alfredo, ¡tú también víctima de un amor sin esperanza! Pues bien, unamos nuestro destino; corona mi obra.

He resuelto que Cecilia y Enrique huyan, ¡no me vendas!

—¡Juntos! exclamó Julia con voz ronca, ¡oh, jamás, jamás!

—¡Ese hombre me ha salvado la vida!

—¿Qué me importa!

—¡Es preciso!

—Daré voces é impediré tu intento.

—No; Dios te ha enviado, y él sabe lo que ha hecho. Tres hemos entrado aquí esta noche, y tres vamos á salir. Nadie sospechará su fuga.

—¡Hermano! no quiero, ¡hermano! gritaba Julia con voz ronca.

—¡Basta! exclamó Alfredo, arrojándose sobre ella y tapándole la boca.

Esto ha de ser y será. Pasad, y que el cielo os guíe, añadió dirigiéndose á los dos presos.

La condesa, al pasar por delante del joven, imprimió en su mejilla un beso y murmuró una bendición.

—¡Bésale tú también, Cecilia, dijo la condesa, yo, tu madre, te lo mando!

Cecilia obedeció temblando, y sus labios rozaron la frente de Alfredo, que loco de felicidad murmuró en su oído un dulcísimo adiós de despedida.

Luego los tres se alejaron en silencio, mientras Alfredo redoblaba sus esfuerzos por contener á su hermana y acallar sus ahogados gritos.

Cuando el sol del día siguiente esparció sus rayos de oro sobre Ariza, la evasión de los dos presos y la desaparición del conserje fué objeto de todas las conversaciones.

Nadie dudó que el oro había sido la llave que les había franqueado la puerta de la cárcel; pero casi parecía una aberración atribuirlo al de la ofendida familia de la víctima.

Sin embargo, ésta hizo pocas ó ninguna diligencia para volver á apoderarse de los culpables, y la murmuración tuvo abundante campo para entregarse á mil extravagantes conjeturas.

El suceso, comentado de mil distintos modos y adornado con las absurdas invenciones de todos los que al verle caer en el olvido deseaban volverle á su interés primitivo, llegó á tomar proporciones tan gigantescas, que Gervasia, aburrida, determinó seguir á su hijo á la corte, á donde le llamaba su deber, con grande alborozo de Julia, que quizás había contribuido no poco á inspirarla aquella idea.

Algunos días después, los señores del castillo abandonaron aquella mansion en donde descansaban los restos de Santiago, y con su ausencia se fué borrando gradualmente de todas las mentes el recuerdo de aquel inconcebible suceso.

CAPÍTULO IV.

Era una noche lúgubre y sombría. La lluvia caía á torrentes, y el viento doblegaba rugiendo las copas de los árboles de Aranjuez, que á pesar de su corpulencia, apenas podían resistir á su furioso embate.

En una miserable cabaña, situada á alguna distancia del real sitio, en la orilla del Tajo, se veía á una vieja que procuraba atizar una casi apagada hoguera, y no lejos de ella, una pobre niña pálida y agobiada bajo el peso del cansancio y del sufrimiento. A su lado estaba un joven sentado en un banquillo de madera y entregado á una meditación profunda.

—¿Venís de muy lejos, hijos míos? preguntó la mujer interrumpiendo bruscamente el silencio.

—No lo sé, hemos andado mucho á la ventura perdidos entre los bosques, faltos de guía y de recursos, respondió la niña.

—¿Y decís que habeis perdido á vuestra madre?

—La infeliz no ha podido resistir á tal cúmulo de penalidades. Cuando llegamos á un pueblo, no muy distante de aquí, se ha sentido enferma, y ha tenido que detenerse en la primera posada que encontramos. Allí ha permanecido quince días, batallando con la muerte, y por fin ha espirado en nuestros brazos. Ahora reposa. ¡¡¡está en el cielo!

—¿Y luego?

—Su penosa enfermedad agotó nuestros escasos recursos, y tuvimos que ir mendigando nuestro sustento de puerta en puerta.

El joven se mesó los cabellos con desesperación.

—¡Oh! no te angusties, Enrique, dijo la niña con dulcísimo tono, ¡quién sabe cuál será mañana nuestra suerte! Marchemos por la áspera senda de la vida, con los ojos fijos en el cielo, con la mano puesta sobre nuestro corazón, y tengamos entera confianza en el que es guía y amparo de los que sufren.

Era tan dulce el tono de la joven, en quien nuestros lectores habrán reconocido á Cecilia, que la vieja exclamó con efusión:

—¡Ah, no hablaría mejor el señor cura! Si vuestros modales no me indicasen que pertenecéis á otra clase más elevada que la mía, os diría, quedaos

conmigo, hijos míos. Partiré con vosotros mi escaso pan, que alcanzará para todos, bendecido por el Señor, que siempre mira con agrado la limosna del pobre.

—¡Ves, Enrique! exclamó Cecilia, ¿ves cómo nace el consuelo de la desgracia misma?

—El destino nos lleva lejos de aquí, dijo Enrique, pero os damos gracias por vuestro ofrecimiento, y vuestro nombre será un nombre que bendeciremos mientras nos dure la existencia.

—Como queráis, hijos míos, pero no dudeis de la sinceridad de mi proposición.

(Se continuará).

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO 1.634

FIG. 1.^a Traje para recepcion. — Es de terciopelo marino y cachemir gris azulado bordado; la falda, de terciopelo, termina sobre un plissé, y un paño de cachemir fruncido por delante se recoge á 35 centímetros del borde con broches de pasamanería, acompañando bullones de cachemir las caderas, y bajando en paños rectos por detrás: chaqueta de cachemir, con mangas y plastron de terciopelo azul: gola de las dos telas.

FIG. 2.^a Traje para visitas. — Es de terciopelo nátria y cachemir fieltro brochado de terciopelo: la falda doble, de cachemir, lleva fleco de felpilla en cada borde, y un echarpe de cachemir vuelve en la mitad á mostrar el forro de terciopelo, y termina bajo el pouf de cachemir. Cuerpo del mismo, con chaleco de terciopelo bullonado y broches en la parte inferior: cuello y manguito de terciopelo. Sombrero de terciopelo, también forrado de surah cereza, con pájaros de capricho.

PATRON CORTADO.

El que acompaña al presente número lo es de una batita para niña, la misma que ostenta la figura 1.^a, núm. 1. Consta de cuatro piezas, á saber: espalda, delantero y costadillo unidos, manga de encima y hoja de abajo.

El volantito le constituye el vuelo de las tablas inferiores de dicha espalda, y el plegado del centro se ejecuta sobre la misma percalina, cortada por la pieza más estrecha del modelo. El plastron se sobrepone en el delantero derecho, y se sujeta en el izquierdo con sus correspondientes botones. El escote se adorna de una estrecha gola de encaje. La pieza de atrás se cose al costado, uniendo los piques que se hallan duplicados en esta costura.

CESÁREO HERNANDO

La Pâte Epilatoire Dusser limpia el rostro de pelos superfluos, siendo para eso la Pâte Epilatoire Dusser de una perfecta eficacia; tiene además la gran ventaja de hallarse desprovista de toda acción química, siendo por lo tanto absolutamente inofensiva. (En Madrid, perfumerías de Pascual, Frera, Inglesa, etc.; en Barcelona, Lafont, etc.)

CORRESPONDENCIA

Valencia. — L. P. — Tomada nota de un año de suscripción, desde 1.º de Enero, para D. F. F. — Se remiten los números publicados.

Jodar. — J. C. de A. — Tomada nota de un año de suscripción, desde 1.º de Enero.

Mahón. — A. S. — Tomada nota de las dos suscripciones que avisa, desde 1.º de Enero.

Morella. — A. C. — Tomada nota de seis meses de suscripción, desde 1.º de Enero. — Se remiten los números publicados.

Almendralejo. — D. P. — Recibido el importe de los tomos que se le han remitido.

Tuy. — C. C. — Recibido 13 pesetas para pago de las suscripciones que avisa desde 1.º de Enero.

Huesca. — E. B. — Tomada nota de un año de suscripción, desde 1.º de Enero.

Barcelona. — J. A. B. — Tomada nota de las tres suscripciones que avisa desde 1.º de Enero.

San Celoni. — R. V. — Recibido el importe de las dos suscripciones que avisa.

Vivero. — P. S. N. — Recibido 13 ptas. para un año de suscripción, desde 1.º de Enero.

Soperna. — E. G. — Recibido 21 pesetas para un año de suscripción, desde 1.º de Enero.

Palma de Mallorca. — V. é H. de J. G. — Se remiten los tres números que pide.

Va encia. — V. S. — Tomada nota de un año de suscripción desde 1.º de Enero para D. J. G. Se remiten los números publicados.

Tuy. — R. L. M. — Recibido 21 ptas para un año de suscripción desde 1.º de Enero. Se remiten los números publicados.

La Barga. — T. S. — Recibido el importe de tres meses de suscripción desde 1.º de Enero. Se remiten los números publicados.

Abenojar. — L. E. — Recibido 6 ptas. para tres meses de suscripción desde 1.º de Enero, dejando entregadas en la Redacción de El Liberal las 4 restantes.

La Bisbal. — D. P. — Recibido 13 ptas. para un año de suscripción desde 1.º de Enero.

Gijón. — C. C. — Tomada nota de un año de suscripción desde 1.º de Enero para doña I. D.

Vigo. — R. M. — Recibido el importe de un año de suscripción.

Arzúa. — J. D. S. — Recibido el importe de tres meses de suscripción desde 1.º de Enero.

La ETERNA BELLEZA de la PIEL obtenida para el empleo de la

PERFUMERIA ORIZA

de L. LEGRAND, Proveedor de la Corte de Rusia.

BEAUTÉ ET JEUNESSE
CRÈME-ORIZA
DE
NINON DE LENCLOS

LEGRAND, PARFUMEUR
Fournisseur de plusieurs Rois
207, RUE ST HONORÉ, PARIS

Esta CREMA suaviza y blanquea la PIEL y le da la TRANSPARENCIA y la FRESCURA de la JUVENTUD. Hasta la edad la más adelantada PRESERVA IGUALMENTE el rostro del Bochorno, de las Manchas de Rojez y de las Arrugas.

ORIZA-LACTÉ
LOCION EMULSIVA
Blanquea y refresca la piel. Quita las manchas de rojez.

ORIZA-VELOUTÉ
JABON segun el D. O. Reveil
Lo mas suave para la piel.

ESS.-ORIZA
Perfumes a todos los ramilletes de flores nuevos. Adoptados por la moda.

ORIZA-VELOUTÉ
PÓLVO de FLOR de ARROZ adherente a la piel. Dando el Afeitado del molocoton.

No mas Tinturas progresivas para el pelo blanco.

ORIZINE
DE
JAMES SMITHSON
Un solo Frasco
Para devolver enseguida al Cabello y a la Barba el color natural en TODOS LOS MATICES

207 rue ST HONORÉ, PARIS

CON ESTE LIQUIDO no hay necesidad de ABRIR la CABEZA antes ni despues

APLICACION FACIL
Resultado inmediato
No mancha la piel, ni perjudica la salud.
En todas las Perfumerias y Peluqueras.

Deposito principal : 207, calle San-Honoré, Paris.

Exposition Universelle 1878 Médaille d'Or. Croix de Chevalier

LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS

PERFUMERIA ESPECIAL

LACTEINA E. COUDRAY

Recomendada por las Celebridades medicas de Paris, para todas las necesidades del Tocador.

PRODUCTOS ESPECIALES:

- JABON de LACTEINA, para el Tocador.
- CREMA y POLVOS de JABON de LACTEINA para la barba.
- POMADA a la LACTEINA para el cabello.
- COSMETICO a la LACTEINA para alisar el cabello.
- AGUA de LACTEINA para el tocador.
- ACEITE de LACTEINA para embellecer el cabello.
- ESENCIA de LACTEINA para el pañuelo.
- POLVOS y AGUA DENTIFRICOS de LACTEINA para embellecer la dentadura.
- CREMA LACTEINA llamada raso del cutis.
- LACTEININA para blanquear el cutis.
- FLOR de ARROZ de LACTEINA para blanquear el cutis.

SE VENDEN EN LA FABRICA : PARIS, 13, rue d'Enghien, 13, PARIS

Depósito en casa de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de España y ambas Américas.

COMPañIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio.
TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES.
Deposito: Mayor, 18 y 20. Sucursal, Montera, 8.—Madrid

Premiados en 20 exposiciones. Premiados en 20 exposiciones

CHOCOLATES DE MATIAS LOPEZ

Oficinas en Madrid, Palma Alta, 8.—Gran fábrica en el Escorial

Cafés, Tés, Sopas, Pastillas napolitanas, Bombones finisimos de chocolate y dulces de los más ricos que se elaboran en Paris. Inmenso y variado surtido de cajas finas a propósito para regalos, bodas y bautizos

CORBATAS CON LUZ ELÉCTRICA 6 DUROS

Los Señores que envien dicha cantidad al Sr. Director de las Oficinas de Publicidad, calle Tallers, núm. 2, Barcelona, recibirán a gran velocidad las expresadas corbatas, con la lámpara montada, cuya duracion es indefinida, el generador eléctrico (que se carga instantáneamente) y la instruccion para su manejo.

Nota. Las cartas que contengan billetes ó sellos han de ir certificadas

MANUAL DE CORTE Y CONFECCION

DE VESTIDOS DE SEÑORA Y ROPA BLANCA

FOR
D. CESÁREO HERNANDO DE PEREDA

Segunda edicion

Corregida y aumentada con nociones de confeccion planchado y modelos de última novedad, bajo el título de Lecciones de Corte de Vestidos para la Mujer, etc.

Se halla de venta en esta Administracion, calle del Doctor Fourquet, número 7, al precio de 6 rs. en rustica y 8 en tela.

FLUIDE IATIF DE JONES

23, Boulevard des Capucines, PARIS (en frente la entrada del Gran Hotel) LONDRES, 41, St-James's street.

Este producto se ha formado una reputacion extraordinaria por sus propiedades benéficas. Suaviza la piel y la pone flexible; disipa los granitos y las arrugas y alivia las irritaciones causadas por las mudanzas de clima, los baños de mar, etc. — Reemplaza con notable ventaja el Cold-Cream, y una simple aplicacion basta para que desaparezcan las Grietas de las manos y de los labios.

PRECIO : 3 FR. Y 5 FR.

SAVON IATIF

para el Tocador posee las mismas cualidades suavizadoras que el Fluide y tiene un esquisito perfume. — La Caja de 3 : 2 fr.

LA JUVENILE

Polvos, sin ninguna mezcla química, para el rostro: le devuelve y le conserva la juventud y la frescura. Preparado especialmente para usarlo con el Fluide Iatif.

PRECIO : 2 FR. 50 Y 4 FR.

IATIF CREAM

Esta Crema posee cualidades unicas, se conserva perfectamente en todos los climas y latitudes; tiene un perfume finisimo, suaviza y calma las irritaciones del cutis, cura las inflamaciones causadas por una marcha excesiva y es indispensable para el tocador de las señoras. Una sola prueba demostrará su superioridad sobre todos los Cold-Creams conocidos hasta el día.

PRECIO : 1'50 Y 2'50

FABRICANTE DE PERFUMERIA Y CEPILLOS INGLESES

Frasco : 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPUILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et C^{ie} 26 St-Denis, 26

LA MUJER SENSATA
POR JOAQUINA BALMADEA
Libro útil, de lectura provechosa para las señoritas.

Véndese á 2,50 pesetas

en las principales librerías, pudiendo dirigir pedidos á la autora; Independencia, 3; ó á esta Administracion.

LA MADRE DE FAMILIA
Obra de texto para la primera enseñanza, y premiada en la Exposicion Pedagógica, escrita por Joaquina Balma-seda.

QUINTA EDICION

Véndese á peseta en las principales librerías; dirigiéndose los pedidos á la autora, Independencia, 3, ó á esta Administracion.

ESTABLECIMIENTO FUNDADO EN 1843 EN TERRA-NOVA

ACEITE DE HIGADO DE HOGG

Extraido de Hígado de Bacalao fresco sin olor ni sabor.

De una eficacia cierta contra los Catarros, Bronquitis, Tisis, Afecciones escrofulosas, Enfermedades de la piel, ordenado para fortificar las personas y los niños delicados. — Exijase el Frasco triangular y sobre la Etiqueta el timbre azul del Estado Francés. HOGG, Pharmacien, 2, RUE CASTIGLIONE, PARIS y en todas las buenas farmacias.

CONTRA

los Resfriados, la Gripe, la Bronquitis y las Irritaciones del Pecho, el JARABE y la PASTA pectoral de NAFE de DELANGRENIER tienen una eficacia cierta y afirmada por los Miembros de la Academia de Medicina de Francia. — Como no contienen Opio, Morfina ni Codeína, pueden ser dados sin temor alguno, á los Niños atacados por la Tos ó la Coqueluche.

Se venden en PARIS, 53, rue (calle) Vivienne.

Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO.

DICCIONARIO POPULAR
DE LA
LENGUA CASTELLANA
POR
D. FELIPE PICATOSTE

Precio: 5 pesetas

Se vende en la Administracion, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid.

AGENCIA DE PUBLICIDAD HISPANO-AMERICANA

71, RUE DE RENNES, 71--PARIS

Esta Agencia se encarga de procurar anuncios de productos franceses, á todos los periódicos españoles y americanos que le remitan números de muestra, siempre que los precios sean arreglados.

Tambien se encarga de hacer suscripciones á todos los periódicos de Europa, sin ninguna comision, con tal que se le remitan fondos adelantados.

La correspondencia debe dirigirse al Director de la Agencia de PUBLICIDAD HISPANO-AMERICANA.

71, Rue de Rennes, PARÍS

Las Sras Suscriptoras á la 1.ª Edicion, recibirán el FIGURIN ILUMINADO, 1634, y las de 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª, el patron cortado.

Editor-proprietario GREGORIO ESTRADA

Tip. de G. Estrada; Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Doctor Fourquet, 7, Madrid.